



www.univforum.org

Can Christianity Inspire a Global Culture?

UNIV Forum 2010 Organizing Committee

En la Modernidad se ha configurado una sociedad que se construye sobre la libertad y la tolerancia, el diálogo, la igualdad y la búsqueda de la paz. Por múltiples razones —históricas, culturales, sociales, económicas...— o por su misma fuerza, estos principios han suscitado el acuerdo de los hombres en los lugares más diversos, hasta configurar la base de una cultura global.

En su discurso a la Universidad de *La Sapienza*, en 2008, Benedicto XVI reconocía que gracias al desarrollo que las ciencias han tenido en la Modernidad, han crecido el conocimiento y el reconocimiento de los derechos y de la dignidad del hombre, y esto ha supuesto un logro que debemos custodiar. Sin embargo, llamaba la atención sobre el riesgo que corre esta herencia si se pierde de vista que sus raíces están en la fe cristiana: «si nuestra sociedad quiere sólo construirse a sí misma sobre la base del círculo de sus propias argumentaciones y de lo que en el momento la convence, y, preocupada por su laicidad, se aleja de las raíces de las que vive, entonces ya no se hace más razonable y más pura, sino que se descompone y se fragmenta»¹.

La objeción del pluralismo

Hoy vemos que es precisamente esto lo que está sucediendo en muchos países: políticos, intelectuales y, como consecuencia, gran parte de la opinión pública promueven una sociedad sin religión o, a lo sumo, donde lo religioso es relegado a la esfera privada y a la elección individual, sin carta de ciudadanía en la vida pública. Así, se buscan otras formas de fundamentación de los valores que tradicionalmente se apoyaban en una concepción trascendente de la vida. Hoy, la democracia moderna parece buscar su fundamento en el consenso y en las mayorías, lo que hace que frecuentemente sea el poder y no la razón quien decide qué cosas son importantes y qué cosas no lo son². Como consecuencia, se pierde de vista la verdadera prioridad de

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso para la Universidad de la Sapienza*, 17 de enero de 2008, en www.univforum.org

² Al respecto, no ha perdido fuerza la composición de lugar que propone Lewis en *La abolición del hombre*, Encuentro, Madrid 2007.

las cosas: unos bienes se exageran, otros, quizá más fundamentales, se minimizan; y los conflictos parece poder resolverlos cualquier Parlamento, haciendo y deshaciendo según convenga a la mayoría del momento.

En este ambiente, frecuentemente se presenta a la religión —e incluso a una concepción fuerte de la verdad— como algo *perjudicial* para una sociedad plural, porque se trata de una instancia que tendería a imponer sus propias convicciones a los demás sin respetar el *pluralismo*. Frente a esta postura, otros estudiosos afirman que lo que realmente cierra las puertas al diálogo, haciéndolo imposible, es el hecho mismo de rechazar la existencia de verdades sólidas, que preexisten a todo consenso³. La democracia en un mundo global no puede ser simplemente el acuerdo sobre un conjunto de *procedimientos*: es un sistema sostenido por ciertos contenidos, buenos y justos, sobre los que se pueda construir una sociedad digna del hombre, que haga posible una convivencia que, regida por la justicia, mire a la libertad de todos y a la paz. Habría que estudiar si una concepción cristiana del hombre y de la sociedad no son una buena base sobre la que construir esta sociedad.

Las raíces cristianas de la cultura moderna

Muchos de los debates acerca del papel de la religión en el fundamento de la sociedad han surgido en los últimos años a partir de la definición de la identidad de Europa, para la que numerosos políticos e intelectuales se han negado a reconocer la centralidad del cristianismo. En realidad, esta discusión se enmarca en la cuestión —anterior y más amplia— sobre el fundamento cristiano de la cultura moderna⁴. Aunque Europa es el lugar donde el debate comenzó y donde ha vuelto a un primer plano, esta discusión se ha revelado muy oportuna para todas las demás sociedades del mundo occidental y para una reflexión sobre la sociedad en general. Más allá de que muchas de las culturas de hoy en día sean deudoras de Europa en cuanto a su configuración, el cristianismo es capaz de renovar todas las culturas.

Benedicto XVI ha demostrado un gran interés en este debate y ha intervenido personalmente en él en varias oportunidades. Constantemente trata de mostrar que *el cristianismo es una religión del «lógos»* —de la razón— y, por tanto, no se opone a nada de lo que es conforme a la razón⁵. Ahora bien, gracias a la fe, el cristiano puede *ver más allá*, entender con mayor profundidad el sentido de las cosas. Es una ventaja el hecho de *ver más allá*, pero con esto no se le ahorra al cristiano el camino de buscar las mejores maneras de organizar la sociedad y cada uno de sus ámbitos en cada época: la mayor profundidad que la fe le descubre no consiste en un particular modelo social o económico, sino que está abierta a todo lo humanamente noble y verdadero.

³ Cfr. J. RATZINGER - J. HABERMAS, *Dialéctica de la secularización. Sobre la razón y la religión*, Encuentro, Madrid 2006

⁴ Son ya clásicos H. BELLOC, *Europa y la fe*, Ciudadela, Madrid 2008 y R. GUARDINI, *El fin de la Modernidad*, en *El fin de la Modernidad. Quien sabe de Dios conoce al hombre*, PPC, Madrid 1996

⁵ Cfr. BENEDICTO XVI, *Fe, Razón y Universidad. Recuerdos y Reflexiones. Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006

Identidad cristiana

Si queremos plantear la validez del cristianismo como base de una cultura global, es necesario reflexionar antes que nada sobre la «identidad cristiana»: preguntarnos cuál es la esencia del cristianismo y qué consecuencias tiene en el comportamiento individual y en la configuración de los distintos ámbitos de la sociedad. La afirmación de que el cristianismo es *una religión del «lógos»* está en el núcleo mismo del mensaje cristiano, cuya esencia no consiste principalmente en una doctrina sino en una persona: Jesucristo⁶. El cristianismo afirma que el mismo *Lógos* que se encuentra en la base de la inteligibilidad del mundo se ha hecho hombre y ha muerto por nosotros, revelándonos el sentido más profundo de nuestra vida y de todas sus dimensiones, desde el trabajo hasta el sufrimiento⁷. Jesucristo nos llama a identificarnos con Él, y a eso mira, precisamente, la vida cristiana.

Hay algunos elementos que forman parte de la identidad cristiana. Quizá sea el primero el *compromiso con la búsqueda de la verdad* —sobrenatural, pero también humana— acerca del hombre, su comportamiento, la mejor configuración de la sociedad, etc. Otro elemento fundamental es *una concepción de lo que es el hombre y lo que es la sociedad*: solamente a la luz del misterio de Jesucristo se logra captar con profundidad el valor de la cada persona humana y la actitud de amor y servicio que hemos de tener respecto de nuestros iguales⁸.

Can Christianity Inspire a Global Culture?

Reflexionar sobre el modo en que el cristianismo puede inspirar una cultura global exige no perder de vista, finalmente, las dos caras que presenta la identidad cristiana. Por una parte es algo que hay que *conocer y estudiar rigurosamente*, y, por otra, algo que hay que *vivir individualmente*; pero se trata de dos dimensiones intrínsecamente ligadas, inseparables. Por eso, un cristiano que quiera implicarse personalmente en el acontecimiento de Cristo y en la tarea evangelizadora de la Iglesia debe, en primer lugar, *conocer los fundamentos de la teología, trabajar con «cabeza cristiana»*.⁹

Pero, en segundo lugar, debe ser capaz de mostrar cómo influye la identidad cristiana en cada uno de los campos de la actividad humana: desde los conceptos que están a la base de las ciencias, hasta las decisiones que se toman en una empresa y lo que mandan o prohíben las leyes de un Estado democrático. La inspiración cristiana no quita nada de lo verdaderamente valioso —de lo que es *conforme a la razón*— a las distintas disciplinas, sino que lo integra en una concepción más amplia y profunda del bien y la verdad humanos; por eso, *el cristianismo nunca será un límite* para el auténtico desarrollo de una disciplina, sea teórica o práctica.

⁶ Cfr. R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, Guadarrama, Madrid 1964

⁷ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et Spes*, 7.12.1965, n.22: «Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación».

⁸ Cfr. A. ARANDA (ed.), *Identidad cristiana. Coloquios universitarios*, Eunsa, Pamplona 2007

⁹ A veces se ve un desequilibrio llamativo entre la capacitación técnica y el conocimiento teológico y moral de los cristianos, cuando esta complementariedad es imprescindible si queremos que la luz de la fe penetre en cada ámbito donde estamos presentes.

Ahora bien, si tomamos en serio lo que el cristianismo propone —esto es, que el *Lógos* divino se ha encarnado, revelando el hombre al propio hombre—, deberíamos entonces ser capaces de justificar con *razones* que *una concepción cristiana es la mejor base sobre la que se pueden desarrollar las distintas actividades humanas*. Una concepción cristiana respetará la verdadera naturaleza de las cosas y su racionalidad propia, dará los motivos más elevados para mejorar, y sabrá integrar los conocimientos y acciones en un marco más amplio.

Ciertamente, a nuestros contemporáneos no les bastan los discursos que se mueven en el ámbito de lo general, de los principios. Hay muchos ejemplos en la historia y en el mundo en que vivimos que muestran que una concepción cristiana del mundo y de la vida es de gran provecho para solucionar los problemas que se plantean en la sociedad y en los más diversos ámbitos: desde la medicina y las ciencias hasta el mundo de la empresa, pasando por los estudios humanísticos. Ahora que muchos quieren construir una cultura global *sin raíces, líquida*, fundada solamente en el consenso de los ciudadanos, puede ser un buen momento para repensar —conforme a la realidad y a los esquemas del mundo de nuestro tiempo— el *papel constructivo* que deben jugar las *raíces* cristianas de la sociedad de herencia moderna, y para sacar a la luz, precisamente, lo que el cristianismo *está aportando ya* a la solución de los problemas que plantea una cultura global.